

Vicente Aleixandre

## El vals

### Poema original:

Eres hermosa como la piedra,  
oh difunta;  
Oh viva, oh viva, eres dichosa como la nave.  
Esta orquesta que agita  
mis cuidados como una negligencia,  
como un elegante bendecir de buen tono,  
ignora el vello de los pubis,  
ignora la risa que sale del esternón como una gran batuta.

Unas olas de afrecho,  
un poco de serrín en los ojos,  
o si acaso en las sienes,  
o acaso adornando las cabelleras;  
unas faldas largas hechas de colas de cocodrilos;  
unas lenguas o unas sonrisas hechas con caparazones de cangrejos.  
Todo lo que está suficientemente visto  
no puede sorprender a nadie.

Las damas aguardan su momento sentadas sobre una lágrima,  
disimulando la humedad a fuerza de abanico insistente.  
Y los caballeros abandonados de sus traseros  
quieren atraer todas las miradas a la fuerza hacia sus bigotes.

Pero el vals ha llegado.  
Es una playa sin ondas,  
es un entrechocar de conchas, de tacones, de espumas o de dentaduras postizas.  
Es todo lo revuelto que arriba.

Pechos exuberantes en bandeja en los brazos,  
dulces tartas caídas sobre los hombros llorosos,  
una languidez que revierte,  
un beso sorprendido en el instante que se hacía «cabello de ángel»,  
un dulce «sí» de cristal pintado de verde.

Un polvillo de azúcar sobre las frentes  
da una blancura cándida a las palabras limadas,  
y las manos se acortan más redondeadas que nunca,

mientras fruncen los vestidos hechos de esparto querido.

Las cabezas son nubes, la música es una larga goma,  
las colas de plomo casi vuelan, y el estrépito  
se ha convertido en los corazones en oleadas de sangre,  
en un licor, si blanco, que sabe a memoria o a cita.

Adiós, adiós, esmeralda, amatista o misterio;  
adiós, como una bola enorme ha llegado el instante,  
el preciso momento de la desnudez cabeza abajo,  
cuando los vellos van a pinchar los labios obscenos que saben.  
Es el instante, el momento de decir la palabra que estalla,  
el momento en que los vestidos se convertirán en aves,  
las ventanas en gritos,  
las luces en ¡socorro!  
y ese beso que estaba (en el rincón) entre dos bocas  
se convertirá en una espina  
que dispensará la muerte diciendo:  
Yo os amo.